

Huellas y caminos en Atahualpa Yupanqui.

*“De tanto ir y venir, hice una huella en el campo.
Para el que vino después, ya fue camino liviano”*⁴⁸
Atahualpa Yupanqui

A modo de introducción

Me resulta muy hermoso y sugestivo el nombre de esta publicación, que me honra al invitarme a participar de este número. En efecto, la vida de toda persona que pasa por este mundo encierra un callado anhelo: el de poder dejar siquiera una pequeña huella que *transparente* algo de su existencia en otros corazones. Esta revista que recoge por escrito un inmenso trabajo previo de catalogación de la biblioteca y el archivo del autor que nos convoca en esta oportunidad, Héctor Roberto Chavero, universalmente conocido como Atahualpa Yupanqui, aspira a *rastrear* las huellas de su vida, huellas que apenas *balbucean* en propios escritos y en algunos otros escritos que –a modo de silenciosos compañeros de camino– han enriquecido su interioridad e iluminado sus búsquedas.

El artista al que hoy queremos evocar y a cuya interioridad queremos asomarnos a través de las *huellas en papel* que nos ha dejado, como él mismo nos lo dice en una de sus milongas, abrió *antes* una profunda huella para nuestra Patria con su incansable andar, reflejado también en la avidez de sus incontables lecturas. Su obra, sus escritos, su biblioteca y su copiosa correspondencia forman un corpus monumental, digno de un estudio atento y respetuoso. Pero creo que lo realmente decisivo para nosotros ha de ser el sentirnos convocados a recoger el mensaje esencial de sus huellas y hallazgos y comprometer nuestra vida en transitar nuestros propios caminos con la misma responsabilidad y fidelidad.

La Universidad del camino

Resulta casi imposible escindir de manera tajante en Atahualpa Yupanqui su biografía de su obra. No lo decimos con un sentido autoreferencial o como de quien sobredimensiona la propia experiencia. No. Esto no reflejaría su personalidad y, además, resultaría casi imperdonable tratándose de un artista cuya máxima aspiración fue siempre la de formar parte de esa admirada *legión de los anónimos*. Pero, sí es muy cierto que todo lo que él nos entregó como legado es un fruto sazonado de su *andar*. Por este motivo, esa expresión tantas veces dicha por él de que “El camino fue mi única Universidad” es tremendamente auténtica.

⁴⁸Yupanqui, A. (2012). De tanto ir y venir / Mi huella. En *Aires indios*. Nueva Editorial Universitaria.

Ese camino *se fue abriendo* en sucesivas *revelaciones* desde muy temprana edad, en aquellos fogones con aquellos emisarios del Viento que desgranaban canciones y relatos en su infancia de la llanura bonaerense, en esa suerte de *viaje iniciático* al Santiago del Estero y el Tucumán de sus ancestros (antesala de tantos caminos que habría de recorrer desde su adolescencia, a partir de la partida de su padre) y en los primeros años de su inquieta juventud. Con el tiempo, y ya adulto, ese andar se volvió también *misterio* para él mismo, presintiendo que en ese *más allá* al que se sentía impulsado en su insaciable curiosidad de conocer lugares, paisajes y rostros, escondía en realidad un anhelo muy profundo.

“A veces no comprendo por qué camino tanto
si no he de hallar la sombra que el corazón ansía.
Quizá un profundo acorde, profundo como un llanto,
he de escuchar un día. He de escuchar un día...”
(*El payador perseguido*: “El andar”)

En esa, su Universidad, no le faltó también desde muy niño la compañía de los libros (“Éramos pobres con libros”, le gustaba repetir hablando de esa *herencia trashumante* que invariablemente los acompañaba en viejos baúles en cada mudanza) y a su lectura se asomó tempranamente. Así, los libros y las bibliotecas, los poetas y los filósofos fueron sus compañeros en esa larga travesía tanto como la presencia de los cantores populares y de tantísimos *criollos pata en el suelo*. Este catálogo de su Biblioteca La Capataza en su entrañable Cerro Colorado es apenas un rastro de esa presencia permanente. Fue allí donde, quizá como en ningún otro lugar, dedicó largas horas de sus noches a la lectura, haciendo suya aquella frase de Herman Hesse: “Procura que tu lámpara se apague muy tarde”.

Unas huellas que se hicieron camino

“Las huellas no se hacen solas, ni con sólo el ir pisando;
hay que rondar madrugadas, maduras en sueño y llanto”
(*El payador perseguido*: “El andar”)

Estas palabras de la milonga que nos sirve de estrella en esta sencilla evocación aluden inequívocamente a la conciencia cabal que Atahualpa siempre tuvo sobre las dificultades que habría de enfrentar para ser fiel a su *destino del canto*. Como bien dijera una vez una de sus máximas intérpretes, Suma Paz, nuestro trovador empeñó sus años jóvenes no en la obsesión de una fama temprana, sino en querer conocer palmo a palmo su tierra y a aquellos que la habitaban. Fue un auténtico *paisano*, porque llegó a tener el *país adentro*, al recorrerlo durante muchos años a caballo, escuchando el mensaje que la tierra quisiera *dictarle*.

Estudiosos como Carlos Vega e Isabel Aretz, primero; músicas como Leda Valladares más tarde y hasta nuestro más cercano León Gieco con su aventura *De Ushuaia a la Quiaca* muchos años después, nos hacen entrever cómo el trajinar de don Ata fue el costo inevitable que él aceptó pagar para poder decir un día con autoridad “*has de narrar*”, “*narrarás*” y empezar a cantar. Solo así logró que sus palabras y su

música fueran la voz y el sentir de todo un pueblo. Fue necesario que él *raspara su poncho en los talas y que lo hirieran pinchos de cardo*, para que nosotros, *que anduvimos después*, transitáramos ya por un *camino liviano*.

Este camino profundo que nuestro trovador abrió para nuestra cultura y que conjuga en esos hombres *tierra que anda*, paisajes y rostros, músicas y silencios, apenas expresados en su sabiduría escondida, se nos ofrece como un auténtico *yacimiento artístico*. No siempre somos capaces de advertirlo. Más aún, parece repetirse más de una vez esa especie de *ocultamiento* del que también habla la copla y hasta *parece que no hubo nada si se mira sin mirarlo* y que *todo es malezal confuso...* Pero la mirada y el corazón atento descubren finalmente *que su huella está abajo*.

Esa *huella que se hizo camino* es una invitación honda a acallar nuestras urgencias para poder escuchar, para no caer en la trampa superficial y desdeñosa de aquel que *mirando sin ver* cree que la *tierra es tierra nomás* y no ha de descubrir nunca su *hondo cantar*. Parafraseando la sentencia evangélica, el camino abierto por la huella de Yupanqui es *estrecho* y, lamentablemente, *son pocos los que lo encuentran*.

No se trata de reclamar un tradicionalismo retórico ni de postular un arcaísmo inmóvil. Es más bien tener una conciencia cabal de lo que significa emprender una auténtica vocación. En ese sentido, estimo que mantienen plena vigencia, por la esencialidad profunda que encierran, estas palabras que alguna vez pronunciara Atahualpa desde una radio entrerriana, hace ya más de cincuenta años. Allí, le pidieron que dirigiera unas palabras a los jóvenes y él ofreció este testimonio. Hablándoles de su vida, les contó lo siguiente:

“Y aquel muchacho, estudiante como ustedes, se encontró frente a un largo camino, atado a una guitarra. Entonces me dije: Esto no es un entretenimiento. Esto es una enorme responsabilidad. Estaban en juego los que, desde la raíz del paisaje, ordenaban mi vocación y mi destino. Estaban los paisanos de mi tierra, los hombres del poncho mojado, los gauchos, los baqueanos de la adversidad, del recato, de la hombría. Estaban las familias del solar argentino. Estaban los muchachos, los changos escueleros, la juventud que estudia, y se desvela, y se equivoca, y se endereza y recupera! Entonces, me repetía: esto no es un entretenimiento. Esto es una enorme responsabilidad... Y cuidé, hasta donde mi capacidad —menos fuerte que mi conciencia— me permitía, cada palabra de una canción, cada color de una copla, cada sentimiento que buscaba el canto para florecer”. (Flores Vasella & García Martínez, 2013)

Discípulos y baqueanos para encontrar la senda

Así como un forastero que transita un lugar desconocido en la montaña precisa la ayuda de un *baqueano* conocedor de ese lugar para encontrar la senda, muchos hemos hallado la *senda* para encontrar esas huellas de Atahualpa que se han hecho camino para nosotros, por la inestimable ayuda de algunos *baqueanos* que nos fueron introduciendo en esos misterios de *pedra* y *camino* yupanquianos.

En este momento en el que, gracias a esta hermosa colaboración entre la Fundación Atahualpa Yupanqui y la Universidad del Salvador, estamos accediendo maravillados a estas *huellas en papel* que este inmenso artista nos ha dejado, no quisiera olvidar a quienes nos ayudaron a descubrir –como esos avezados negociantes de la parábola evangélica– esa “perla de gran valor”⁴⁹ que constituye la obra de Atahualpa, cuando corría el riesgo por los avatares de las contiendas políticas de ser ignorada. Podría mencionar aquí nombres señeros que van desde Ulyses Petit de Murat a Félix Luna, de Eliana Abdala a Manuel Urtizberea, de Miguel Ángel Gutiérrez a Víctor Pintos y a Máximo Arbe.

Pero, recogiendo la rica historia de esta casa de estudios, quisiera detenerme en dos estudiosos de la obra de don Ata vinculados a la Compañía de Jesús. Estoy hablando del P. Fernando Boasso S. J. y de un exsacerdote jesuita, Evaristo J. Damián. El P. Boasso S. J., en primer lugar, ha sido un auténtico maestro que, a través de sus enjundiosos estudios⁵⁰ y su respetuoso acercamiento, llegó a ser un auténtico *baqueano* para que muchos otros que vinieron después pudieran hallar la senda de Atahualpa. Penetrando de una manera única en ese contenido metafísico y pleno de sabiduría de la obra de Yupanqui, el P. Boasso nos enseñó a desentrañarlos con esmero y unción. Parafraseando aquello que alguna vez se dijera del comentario de san Agustín al Evangelio de san Juan, él también fue “Un águila siguiendo a otra águila”.

El mismo Yupanqui, con pudor asombrado pero agradecido, se sintió interpretado por el P. Boasso, a quien llegó a considerar con el tiempo su amigo. Refiriéndose al análisis que este sacerdote hace de su obra en su primer libro, Atahualpa le escribe una sentida carta allá por el año 1967, donde dice en uno de sus párrafos: “Largamente he meditado leyéndolo. Y le aseguro que no me resulta extraño el mundo de religiosidad en que me envuelve su estudio y sus comentarios. Me sorprende, sí, que yo haya descubierto sin quererlo, ese rincón tan de uno”.

Terminamos esta sencilla evocación de su persona, arrimando un dato que no nos parece menor: nos referimos al hecho de que el P. Boasso haya comenzado a publicar sus estudios sobre Yupanqui en tiempos en que su solo nombre estaba prácticamente prohibido y despertaba enormes recelos en muchos ámbitos, incluyendo el del mundo católico al que él mismo pertenecía (Boasso, 1955). Su abordaje de la obra de Atahualpa preanuncia ese diálogo con la cultura que el Concilio Vaticano II auspició decididamente, de un modo muy especial en su Constitución Pastoral sobre la Iglesia y el mundo moderno *Gaudium et Spes*.

Del segundo autor que mencionamos, Evaristo J. Damián, siendo mucho menos conocido, nos ha llegado un valiosísimo artículo publicado en la revista *Estudios*, con un más que significativo título: “Soledad: piedra y camino en Atahualpa Yupanqui”

⁴⁹ Cf. Mt 13, 44-46.

⁵⁰ Mencionamos aquí sus principales libros: *Atahualpa Yupanqui: símbolo, mensaje y drama* (Ed. Guadalupe); *Atahualpa Yupanqui: hombre y misterio* (Ed. Guadalupe, 1a ed., tiene una 2a ed. de Ed. del Consudec, con el título *Atahualpa Yupanqui: campeador de misterios*); *Atahualpa Yupanqui : tierra que anda: historia de un trovador* (Ed. Corregidor).

(Damián, 1963). Según datos que nos hiciera llegar otro sacerdote jesuita admirador también de la obra de Yupanqui, el P. Julio Merediz, Damián –de nacionalidad uruguaya– se ordenó sacerdote en 1968, lo cual nos muestra que su aprecio y valoración por la obra de Atahualpa, que tanto se percibe en su profundo artículo, venía desde su juventud.

La sola mención de los subtítulos que Damián fue poniendo a su artículo (El tema, los culpables de su soledad–su tierra, el sufrimiento, su temperamento, interioridad, su soledad–una necesidad: caminar, inquietud, infinito, un remedio: cantar), nos permite ya darnos una idea de la profundidad de su reflexión y de la hondura con la que ha leído y meditado los textos de Atahualpa. No pudiendo extenderme más aquí sobre él, me permito sí recomendar fervorosamente su lectura.

Largarnos a nuestros propios caminos

“¡Pobrecito m’hijo! Lo han ‘agarrao’ los caminos”.
(*Aires indios*)

Esta frase, dicha por la madre de Nabor, personaje de uno de los capítulos del libro *Aires indios* de Atahualpa, parece ser la única explicación que esa mujer encuentra para entender el misterioso embrujo que pareció adueñarse de la vida de su hijo guitarrista y guarda indudablemente más de un paralelismo con la vida del mismo Yupanqui.

Pero, más allá de esas semejanzas, podríamos decir que de alguna manera a todos nos ocurre algo semejante, puesto que los caminos de la vida que se nos presentan por delante, nos atraen fuertemente a transitarlos en un incierto y arriesgado andar que nos toma y nos exige dar una respuesta nueva cada día. En ese sentido, y más allá de las contingencias, posibilidades y condicionamientos que nos depare nuestra existencia, también para nosotros nuestra mayor Universidad es el camino. El camino de la vida de una persona es como ella misma: único e irrepetible. Sin embargo, hay decisiones, modos y actitudes de otros que pueden servirnos como inspiración a la hora de *largarme a los caminos*. En este sentido, nuestro viejo y sabio trovador, con su ejemplo de vida y sus palabras, parece marcarnos un derrotero a seguir. Así nos dice en su largo relato “El payador perseguido”:

*Debe trazar bien su melga
quien se tenga por cantor
porque sólo el impostor
se acomoda en toda huella
que elija una sola estrella
quien quiera ser sembrador.*

Vivir el propio camino como un llamado, como una verdadera vocación, exige de nosotros una fidelidad que va mucho más allá del reconocimiento de los otros y, mucho menos, del éxito. Así lo expresó Atahualpa en su fundamental poema “Destino del canto”, hablando de quien –como él– se ha sentido llamado por la tierra como elegido y por el pueblo como lámpara:

*Puede perseguirte la adversidad,
aquejarte el mal físico,
empobrecerte el medio, desconocerte el mundo,
pueden burlarse y negarte los otros,
pero es inútil, nada apagará la lumbre de tu
antorcha,
porque no es sólo tuya.
Es de la tierra, que te ha señalado.
Y te ha señalado para tu sacrificio, no para tu
vanidad.
(El canto del viento: “Destino del canto”)*

La fidelidad al propio camino, a nuestras convicciones más profundas, a las opciones fundamentales que hemos hallado y hecho nuestras en la vida, es algo que no es patrimonio de ninguna vocación en particular, sino más bien pertenece a la aventura de la existencia humana misma y que abarca todo nuestro paso por esta tierra.

Por eso mismo, es el último Atahualpa, ese hombre ya anciano y abatido más por la partida de su esposa Nenette que por los achaques físicos, el mismo que sintió que se acercaba al final de sus días “con las manos vacías y el corazón profundo”⁵¹, alcanza para nosotros la estatura de un faro luminoso al que le caben plenamente aquellas palabras de Bertold Brecht:

*“Hay hombres que luchan un día,
y son buenos.*

*Hay otros que luchan un año,
y son mejores.*

*Hay quienes luchan muchos años,
y son muy buenos.*

*Pero hay unos que luchan toda la vida,
ésos son los imprescindibles”.*

Mientras hacemos nuestras aquellas palabras del crítico René Vargas Vera, al decir que “el legado poético-musical y la estatura ética de Yupanqui representan la saludable contrapartida de la mediocridad, la frivolidad, la mentira, la ambición desmedida que abruman nuestras vidas. Su credo perdurará, incorruptible, en cualesquiera de sus coplas”⁵², pidamos también que podamos asumir nuestra propia vida con tanta veracidad y hondura que merezca *dejar una huella* en esta tierra bendita que pisamos y en algún corazón amigo que sepa descubrirla. Así, tal vez, podamos

⁵¹ Cf. *Testimonio final*, poema del entrerriano Eduardo Seri, recitado por Atahualpa en su disco “Pasaban los cantores”.

⁵² La Nación. 19 de marzo de 1997.

decir también nosotros aquellos versos finales de la milonga “De tanto ir y venir” de Atahualpa que ha venido *hilvanando* estas sencillas líneas.

*Desparejo es el camino.
Hoy ando senderos ásperos.
Piso la espina que hiere,
pero mi huella está abajo,*

*Tal vez un día la limpien
los que sueñan caminando.
Yo les daré, desde lejos
mi corazón de regalo.*

Referencias

- Flores Vassella, S. & García Martínez, H. (2013). *La tierra hechizada: Atahualpa Yupanqui*. Del Cerno.
- Boasso, F. (1955). Atahualpa Yupanqui, el místico de la tierra. *Estudios*, 466, 34-38.
- Damián, E. (1963). Soledad: piedra y camino en Atahualpa Yupanqui. *Estudios*, 541, 50-58.
- Yupanqui, A. (2012a). *Aires Indios*. Nueva Editorial Universitaria.
- Yupanqui, A. (2012b). *El canto del viento*. Nueva Editorial Universitaria.
- Yupanqui, A. (2012c). *El payador perseguido*. Nueva Editorial Universitaria.